

# Príncipe de Viana

Septiembre-Diciembre 2011

Año LXXII Núm. 254



## VII Congreso General de Historia de Navarra

Historia Moderna. Historia Contemporánea.

Historia de la Educación. 1512

Volumen II

### SEPARATA

**La «hora del XVIII». Cambios sociales y contrastes  
culturales en la modernidad política española**

**José María Imízcoz Beunza**



**Gobierno  
de Navarra**

# La «hora del XVIII». Cambios sociales y contrastes culturales en la modernidad política española\*

JOSÉ MARÍA IMÍZCOZ BEUNZA\*\*

He retomado la famosa expresión de Julio Caro Baroja –de «la hora navarra del XVIII»– para situar a esta «hora navarra» en una historia más general, que se produce en otros territorios de España y especialmente en todo el norte hidalgo de Cantabria, las provincias vascas y el norte de Navarra. Podríamos decir que esta fue una «hora borbónica» (ya que eclosionó con la llegada al trono del primer Borbón, Felipe V) y, más ampliamente, una «hora estatal» en la construcción de España<sup>1</sup>, puesto que corresponde a las reformas institucionales que llevaron a cabo los Borbones y a los cambios en el reclutamiento del personal político que aquellas reformas conllevaron. Los grupos navarros que ya observó Julio Caro Baroja participaron muy intensamente, junto con otros, en este movimiento.

La hipótesis que quiero plantear aquí es que esta hora del XVIII no obedece simplemente a unas individualidades o a un fenómeno regional, sino que estuvo vinculada al proceso más general de formación del Estado borbónico. En este proceso se produjeron unas élites dirigentes de la monarquía con rasgos novedosos: administradores, militares, alto clero y financieros cuya cultura política acabó contrastando más o menos fuertemente con los valores de las

\* Proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación HAR2010-21325-C05-02, sobre «Las élites de la modernidad: Familias, redes y cambio social, de las comunidades tradicionales a la revolución liberal, 1600-1850», dirigido por José M.<sup>a</sup> Imízcoz Beunza, en el marco del proyecto coordinado HAR2010-21325-C05, años 2011-2013.

\*\* Universidad del País Vasco.

<sup>1</sup> IMÍZCOZ BEUNZA, J. M., «Las redes de la monarquía: familia y redes sociales en la construcción de España», en CHACÓN, F. y BESTARD, J. (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (de final de la Edad Media a nuestros días)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 393-444.

élites tradicionales, en particular con los valores aristocráticos de la nobleza señorial, y con la tradición política –corporativa, pactista y jurisdiccional– que había sido propia de la monarquía de los Austrias y que a finales del siglo XVIII seguía siendo, sin duda, la cultura política de la inmensa mayoría. En esta dinámica de cambio se produjo un contraste creciente de valores políticos y culturales que tendría muchas consecuencias, también en el seno de la sociedad navarra, como parece mostrar la división de la nobleza del reino en la Primera Guerra Carlista.

Es la hipótesis que sugiere en sus *Memorias* Joaquín Ignacio Mencos, conde de Guenduláin, al analizar la fractura de 1833:

Puede asegurarse que la opinión popular, la de la clase media en general, y la de aquella Nobleza que podemos llamar más domiciliada en el país, pertenecían al partido del Pretendiente. Una parte del alto comercio, y las casas (salvo raras excepciones) más relacionadas con la Corte y que contaban sus hijos en el Ejército nos habíamos declarado a favor de los derechos de las hijas del difunto Monarca<sup>2</sup>.

El conde de Guenduláin no plantea la división de las élites políticas navarras en los términos en que la ha planteado la historiografía dominante. No explica las diferencias políticas a partir de determinismos económicos de clase, oponiendo una «nobleza terrateniente» a una «burguesía mercantil». Tampoco atribuye el cambio de la cultura política a la mera lectura de libros de filósofos ilustrados o liberales. En cambio, asocia la diferencia de adscripciones políticas –en un mismo estamento– con la diferencia de trayectorias seguidas hasta entonces, con una idea muy thompsoniana –*avant la lettre*– de que el cambio histórico se produce en las experiencias y encuentros de los actores sociales. Voy a seguir este hilo conductor para plantear cómo en esas carreras en la corte y en el ejército –esto es, en determinadas experiencias y encuentros– se formaron «hombres nuevos», lo que podemos llamar «las élites de la modernidad española», con una cultura política diferente de la que seguía predominando en la sociedad tradicional del Viejo Reyno.

En el fondo, estamos replanteando los procesos sociales que llevaron del Antiguo Régimen a la Revolución liberal. La historiografía tradicional ha considerado la Revolución liberal como una revolución de clase, llevada a cabo por la burguesía en contra de la nobleza. Este paradigma dominante ha sido, sin embargo, criticado severamente en la reciente historiografía española<sup>3</sup>. En esta línea, nuestra hipótesis es que las élites que llevaron a cabo la revolución política liberal en España, durante la primera mitad del siglo XIX, fueron en gran medida descendientes de aquellas que se habían forjado en las experiencias de la construcción del Estado administrativo, militar y reformista durante el siglo XVIII, en particular en la «dinámica estatal» claramente perceptible de su segunda mitad. Desde el punto de vista social, la novedad política de esta centuria sería el desarrollo de un Estado burocrático, militar y financiero de voluntad reformista que propició que determinadas élites se especializaran de

<sup>2</sup> *Memorias de Don Joaquín Ignacio Mencos, conde de Guenduláin, 1799-1882*, Pamplona, Aramburu, 1952, edición preparada por J. M. Iribarren, p. 83.

<sup>3</sup> CRUZ, J., *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la Revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000.

forma duradera en carreras administrativas y militares, y en actividades económicas en torno a las necesidades del Estado. Los descendientes de estas «élites estatales» del siglo XVIII estarían especialmente presentes entre los notables que dismantelaron el Antiguo Régimen desde los gobiernos liberales de la primera mitad del siglo XIX<sup>4</sup>. Según D. Ringrose, estas élites administrativas, militares y financieras del XVIII formarían las «redes sociales y políticas que podrían ser consideradas como los inicios de la nación española»<sup>5</sup>.

La cuestión es ambiciosa, desde luego. En estas páginas sólo pretendemos plantear nuestra hipótesis de investigación y poner a disposición de los investigadores algunos elementos con los que venimos trabajando.

## LA HORA DEL XVIII

Con el advenimiento de Felipe V al trono de España se inicia una importante renovación de las élites de gobierno de la monarquía, cuyos resultados se irán viendo a lo largo de la centuria. Se puede decir que la aristocracia castellana fue sustituida en buena medida como clase política por hombres provenientes de la nobleza media y baja que no disponían de bases de poder propias sino que debían todo al monarca. Entre ellos, ascendieron muy abundantemente hombres de la periferia norteña que gozaban de nobleza colectiva, como cántabros, vascos y navarros<sup>6</sup>. En este contexto más general se produjo la hora navarra del XVIII que vio Caro Baroja, y que tuvo su foco principal en los valles del noroeste de Navarra: el valle de Baztan y las tierras de la regata del Bidasoa.

Los mecanismos de ascenso de estos grupos a la corte, las finanzas de la corona y la alta administración parecen semejantes en todo el norte hidalgo. Las bases principales se hallaron en el comercio. Durante el siglo XVII, con la depresión de la meseta y el hundimiento de las grandes redes castellanas de comercio con Europa<sup>7</sup>, se desarrollaron con fuerza redes mercantiles desde el norte de la Península con Europa y América, especialmente durante la segunda mitad de la centuria. A lo largo del siglo XVIII, las redes de estos elementos procedentes de los valles del norte de la Península dominaron el circuito imperial del comercio español. Los grupos originarios de Cantabria, las provincias vascas y el norte de Navarra eran principales en el comercio de la corte, Cádiz, México o Buenos Aires. Entre 1750 y 1850, estos grupos representaban el 79% de los grandes comerciantes y el 56,6% de los principales banqueros madrileños<sup>8</sup>.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> RINGROSE, D. R., *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, Madrid, Alianza, 1996, p. 83.

<sup>6</sup> MORALES MOYA, A., *Reflexiones sobre el Estado español del siglo XVIII*, Alcalá de Henares, 1987, pp. 23, 27-84; DEDIEU, J. P., «Dinastía y elites de poder en el reinado de Felipe V», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2001, pp. 391-393; MOLAS RIBALTA, P., *Los gobernantes de la España moderna*, Madrid, Actas, 2008, pp. 224-255.

<sup>7</sup> CASADO ALONSO, H., «Genèse et fin des réseaux de commerce castillans dans l'Europe des XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles», en COULON, D. (dir.), *Réseaux marchands et réseaux de commerce*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2010, pp. 129-149.

<sup>8</sup> CRUZ, J., *Los notables de Madrid...*, *op. cit.*, pp. 36, 40, 70-71 y 80.

Dentro de este movimiento más general se sitúan los navarros del grupo de Juan de Goyeneche. En su origen, parece que se trata de unos grupos familiares, enlazados entre sí por vínculos de parentesco e intereses comunes, que a mediados del siglo XVII pasaron a canalizar la salida de lana a Francia, a través de la aduana de Maya, tras quebrar el tráfico lanero de San Sebastián, por donde había salido tradicionalmente hasta entonces la lana navarra, soriana y aragonesa<sup>9</sup>. En paralelo, los hombres de estas familias extendieron sus redes mercantiles en América<sup>10</sup>. El enriquecimiento de estos grupos familiares y la ramificación de sus redes de comercio explicarían la presencia de Juan de Goyeneche y de otros navarros vinculados a él en la corte de Carlos II, en los años 1680.

Hasta entonces se trataba de un grupo más, entre otros, de hombres de negocios. A finales de la centuria, algunos de ellos, en particular Juan de Goyeneche, entraron a participar en los asientos de la corona<sup>11</sup>. Pero el momento decisivo para ocupar posiciones privilegiadas en torno al soberano y para entrar en la alta administración de la monarquía vino con la nueva dinastía y con la guerra de Sucesión. Hombres como Juan de Goyeneche o el bilbaíno Bartolomé Flon, futuro conde de la Cadena, fueron decisivos para la victoria de Felipe V, al prestar dinero abundante al rey, aprovisionar su ejército y encargarse de las ventas de cargos y honores a las que tuvo que recurrir la corona para financiar la guerra<sup>12</sup>.

Sus servicios al soberano se vieron recompensados. Los hombres de estas parentelas ocuparon posiciones centrales como tesoreros de las casa reales, asentistas del ejército y arrendadores de las rentas reales<sup>13</sup>. Desde estas posiciones favorecieron ampliamente a sus redes de parientes, amigos y paisanos, dando lugar a una extensa nómina de personajes que, a lo largo de todo el siglo, se reprodujeron en esas posiciones a través de mecanismos de apadrinamiento en los cargos y los negocios. Es conocido cómo, a partir de un núcleo originario, fueron entrando parientes con apellidos Goyeneche, Irigoyen, Iturralde, Gastón, Aldecoa, Astrearena, Iturriria, Arizcun, Mendinueta, Jáuregui, Lastiri, Garro, Múzquiz, Dutari, Arozarena, Aróstegui, Aguerrebere, etc.

Estas familias se hicieron fuertes llevando simultáneamente sus negocios particulares, la gestión económica de palacio, los asientos de la corona y los cargos de la Real Hacienda. Por ello mismo, también estuvieron especialmente presentes en muchos proyectos económicos vinculados al privilegio político de la corona, como las fundaciones de compañías privilegiadas de comercio

<sup>9</sup> LAPEYRE, H., *El comercio exterior de Castilla a través de las aduanas de Felipe II*, Valladolid, 1981, pp. 181, 186-187, 202-204, 260, 274-275; IMÍZCOZ, J. M., «Hacia nuevos horizontes, 1516-1700», en ARTOLA, M. (dir.), *Historia de Donostia-San Sebastián*, Nerea, 2000, pp. 116-117.

<sup>10</sup> ARAMBURU, J. M., *Vida y fortuna del emigrante navarro a Indias (siglos XVI y XVII)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.

<sup>11</sup> CARO BAROJA, J., *La hora navarra del XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, 1969.

<sup>12</sup> ANDÚJAR CASTILLO, F., *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1704-1711*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008; GUERRERO ELECALDE, R., *Las elites vascas en el gobierno de la monarquía borbónica. Redes sociales, carreras y hegemonía en el siglo XVIII (1700-1746)*, tesis doctoral, Universidad del País Vasco, Vitoria, 2011 (en prensa).

<sup>13</sup> TORRES SÁNCHEZ, R. (ed.), *Capitalismo mercantil en la España del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2000; AQUERRETA, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Pamplona, Eunsa, 2001; AQUERRETA, S. (coord.), *Francisco Mendinueta: Finanzas y mecenazgo en la España del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2002.

con América o el nacimiento del Banco de San Carlos<sup>14</sup>. También, desde las posiciones iniciales en torno a Felipe V, los miembros de estas familias situaron a sus hijos y jóvenes parientes en carreras en la alta administración, el mando del ejército y de la marina, y el alto clero<sup>15</sup>.

En Navarra, el valle de Baztan, y de un modo general toda la regata del Bidasoa, fue el principal foco de producción de estas carreras. Entre las últimas décadas del siglo XVII y las primeras del XIX, más de mil jóvenes baztaneses hicieron ante escribano público «Informes de filiación y limpieza de sangre» para poder acreditar su nobleza. De ellos, encontramos a más de cuatrocientos individuos siguiendo carreras en la administración real y el comercio colonial, a los que habría que añadir, al menos, a otros doscientos procedentes del resto de la regata del Bidasoa. Estos hombres se hallaban establecidos realmente «a escala de imperio», residiendo no solo en la corte y en Cádiz, sino en muchas ciudades de España y de América, al filo de sus negocios, sus cargos en la administración real y sus destinos militares.

Siguiendo sus trayectorias, observamos una pirámide de resultados. En la cúspide hubo un amplio puñado de altos cargos establecidos en la corte, en las secretarías del despacho y en los consejos reales, en el mando del ejército y de la marina, y en el alto clero catedralicio, con al menos doce títulos nobiliarios. Son los más conocidos. En un nivel elevado también, hallamos una amplia nómina de caballeros de órdenes militares: cincuenta y cuatro naturales del valle de Baztan y otros veintitrés de las localidades vecinas de la regata del Bidasoa; en total, un 35% de los doscientos veinte caballeros navarros que obtuvieron estos honores entre 1700 y 1808<sup>16</sup>. En la base, hubo muchos más individuos, varios centenares, en posiciones más modestas de la administración real, del ejército, del clero y del comercio colonial<sup>17</sup>.

El fenómeno es tanto más llamativo que se trata de un territorio que hasta entonces no había producido nada semejante. Por ejemplo, hasta las décadas finales del XVII, en que emergen los hombres del grupo de baztaneses vinculados a la corte, este valle sólo había dado tres caballeros de hábito en dos siglos, los tres, señores de palacios principales del Baztan. Ahora estamos, por tanto, ante un nuevo fenómeno, de notables proporciones, que no termina de explicarse por los rasgos genéricos que se han solido aducir, como la nobleza colectiva, la emigración u otras generalidades que, de ser factores determinantes, hubieran podido funcionar también en otros momentos.

Hubo una dinámica específica. La correspondencia epistolar de estas familias es una documentación decisiva para observar cómo se produjo y creció

<sup>14</sup> IMÍZCOZ BEUNZA, J. M. y GUERRERO ELECALDE, R., «Negocios y clientelismo político. Los empresarios norteños en la economía de la monarquía borbónica», en OCAMPO SUÁREZ-VALDÉS, J. (ed.), *Empresas y empresarios en el norte de España (siglo XVIII)*, Gijón, Trea, 2012, pp. 331-362.

<sup>15</sup> IMÍZCOZ, J. M. y GUERRERO, R., «Familias en la Monarquía. La política familiar de las élites vasco-navarras en el Imperio de los Borbones», en IMÍZCOZ, J. M. (dir.), *Casa, familia y sociedad. País Vasco, España y América, siglos XV-XIX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2004, 177-238.

<sup>16</sup> ARANBURUZABALA ORTIZ DE ZÁRATE, Y., «Caballeros de las Órdenes militares en Álava, Bizkaia, Gipuzkoa y Navarra en el siglo XVIII: Procedencia geográfica y aproximación social», *Sancho el Sabio* (30), 2009, pp. 11-47.

<sup>17</sup> IMÍZCOZ, J. M., «La hora navarra del XVIII: relaciones familiares entre la monarquía y la aldea», en *Juan de Goyeneche y el triunfo de los navarros en la Monarquía hispánica del siglo XVIII*, Pamplona, Fundación Caja Navarra, 2005, pp. 45-77.

esta dinámica de carreras. A partir de unos inicios, los parientes ya establecidos en las instituciones y negocios fueron su motor principal. A través de las cartas y de los libros de cuentas vemos cómo pagaban los estudios de sus jóvenes parientes, cómo les llevaban consigo desde niños, incluso con nueve y diez años, cómo les introducían en sus negocios y en las instituciones en las que tenían mando como sus ayudantes, y cómo recurrían a las recomendaciones de sus amigos, colegas y ministros de tutela cuando se trataba de situarles en una institución que no dependía directamente de ellos<sup>18</sup>. Paralelamente, estos parientes estuvieron muy presentes en la política matrimonial de sus familias, dotando generosamente a sus sobrinas y buscando alianzas ventajosas para sus familias.

Para estos grupos familiares, su capital relacional en la corte, en las instituciones de la monarquía y en los negocios fue decisivo<sup>19</sup>. Esto se ve mejor cuando observamos el fuerte contraste que existía entre las familias de la nobleza española que no estaban introducidas en estas carreras y aquellas redes, como las de los baztaneses, que se hallaban especialmente conectadas con el gobierno de la monarquía, en el corazón de la toma de decisiones y del reparto de los recursos de la corona. Así, mientras Jovellanos trazaba un cuadro deprimente de muchos segundones de la nobleza, «sin establecimiento ni carrera, y condenados a la pobreza, al celibato y a la ociosidad»<sup>20</sup>, las familias de la hora navarra del XVIII colocaban en las carreras de la monarquía a sus hijos varones, a menudo a todos ellos. Estas familias siguieron la política de guardar un heredero o heredera en casa, sacando a dichas carreras a todos los varones que pudieran. La capacidad de colocarlos dependía, evidentemente, de la elevación de sus parientes patrocinadores y del número de vástagos. Así, todos los hijos varones de las dos hermanas del secretario de Hacienda de Carlos III, el baztanés Miguel de Múzquiz Goyeneche, cursaron espléndidas carreras: los cinco hermanos Mendinueta y Múzquiz<sup>21</sup> y los cuatro hermanos Ozta y Múzquiz<sup>22</sup>. Sobre estas bases, las familias más introducidas en aquella dinámica consiguieron reproducirse en ella de forma duradera. El ejemplo de los baztaneses Gastón de Iriarte muestra cómo los hijos de la casa Iriarte de Errazu se reprodujeron en este tipo de carreras a lo largo de cuatro generacio-

<sup>18</sup> IMÍZCOZ, J. M., «Parentesco, amistad y patronazgo. La economía de las relaciones familiares en la hora navarra del XVIII», en FERNÁNDEZ, C. y MORENO, A. (eds.), *Familia y cambio social en Navarra y el País Vasco, siglos XIII-XX*, Pamplona, 2003, pp. 165-216.

<sup>19</sup> IMÍZCOZ, J. M., «El capital relacional. Relaciones privilegiadas y redes de influencia en el Estado español del siglo XVIII», en IMÍZCOZ, J. M. y OLIVERI, O. (eds.), *Economía doméstica y redes sociales en la España moderna*, Madrid, Silex, 2010, pp. 229-278.

<sup>20</sup> JOVELLANOS, G. M. DE, *Informe sobre la Ley Agraria*, 1795, ed. de J. C. Acerete, Barcelona, 1968, pp. 105-106.

<sup>21</sup> Pedro Mendinueta y Múzquiz (1736) siguió la carrera militar y obtuvo en 1797 el cargo de capitán general de los Reales Ejércitos y virrey de Nueva Granada. Miguel (1739-1806) fue gobernador del Consejo de Castilla. Antonio (1744-1829) siguió la carrera eclesiástica y llegó a ocupar el cargo de chantre en la catedral de Pamplona. Jerónimo fue consejero del Consejo de Hacienda en 1789, consejero camarista de la Cámara de Indias por honores en 1793 y conde de la Cimera. Pedro Simón obtuvo en 1798 el puesto de administrador general de Cádiz e intendente honorario del Ejército. Por último, Joaquín (1760-1820) fue también eclesiástico, alcanzando en 1803 el cargo de arcediano de Valdonsella de la catedral de Pamplona.

<sup>22</sup> Casimiro Ozta y Múzquiz fue marqués de Ribascacho. Pedro Luis (Elvetea, 1742), obispo de Calahorra y la Calzada. Juan Rafael (Elvetea, 1757) fue tesorero de la Real Hacienda en Cádiz e intendente de provincia honorario, y José Ignacio, arcediano de Álava de la catedral de Calahorra.

nes sucesivas, desde los jóvenes que en los años 1680 fueron a la corte bajo la protección de su tío segundo Juan de Goyeneche hasta aquellos que siguieron carreras militares en la primera mitad del siglo XIX<sup>23</sup>.

De un modo general, las relaciones privilegiadas de estas familias les permitieron alimentar su economía con amplios recursos, en un contexto en que el acceso a los cargos y rentas de la corona y de su imperio se obtenían principalmente a través de relaciones personales. Esta captación de recursos se producía en un contexto de competencia muy intensa. Así, mientras que Carlos III ordenaba reiteradamente expulsar de la corte a la multitud de hidalgos que, en los años 1780, acudían a ella para solicitar empleos y rentas, los hombres instalados en la alta administración, como el baztanés Juan Francisco de Lastiri, secretario del Real Patronato de Castilla de la Cámara de Castilla, se movían en ella con soltura y trataban con el confesor del rey, con Florida-Blanca, con Campomanes, con Roda, con Lacy, con Joaquín de Murcia y con otros ministros principales para conseguir del monarca rentas y prebendas a favor de sus parentelas y de sus comunidades de origen<sup>24</sup>.

Esta presencia de parientes en las instituciones de gobierno y en los grandes negocios relacionados con el poder político alimentó una importante economía de vasos comunicantes con sus familias y comunidades. A través de ella llegaron al país recursos económicos y honoríficos que podemos calificar de abundantes, si tenemos en cuenta la cortedad tradicional de su economía campesina. También llegaron por esta vía ideas, pautas educativas y modos de vida.

## CAMBIOS CULTURALES: LA EDUCACIÓN

¿Qué cambios culturales experimentaron los sectores de la sociedad navarra –una minoría– que participaron en estas carreras de la hora del XVIII? La cuestión es compleja y no se ha analizado, pero podemos sugerir algunos elementos para acercarnos a ella.

El primer elemento, el más fácilmente perceptible a simple vista, es el de la educación. El seguimiento intensivo de los grupos familiares que participaron más activamente en las carreras y negocios de la hora del XVIII muestra los cambios educativos que esta dinámica conllevó, desde el aprendizaje del castellano, la alfabetización y el estudio de las primeras letras hasta el acceso a los grados más elevados de instrucción, incluso en algunos de los centros educativos de mayor prestigio y modernidad en la España del siglo XVIII, como el Seminario de Nobles de Madrid, el Seminario de Nobles de Vergara, o las academias militares.

A través de la correspondencia epistolar de las familias baztanesas que participaron activamente en esta dinámica de carreras, vemos que estas parentelas

<sup>23</sup> IMÍZCOZ, J. M., «De la comunidad a la nación: elites locales, carreras y redes sociales en la España moderna (siglos XVII-XIX)», en IMÍZCOZ, J. M. (dir.), *Elites, poder y red social. Las elites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, Bilbao, 1996, pp. 193-210; Archivo de la casa Gastón de Iriarte (ACGI), «Razón de los hijos y dueños de la casa Iriarte de Errazu, en el Valle de Baztan, desde el año 1600», manuscrito de Joaquín Isidoro Gastón de Iriarte y Dolarea, 30 de junio de 1855.

<sup>24</sup> IMÍZCOZ, J. M., «Elites administrativas, redes cortesanas y captación de recursos en la construcción social del Estado moderno», *Trocadero. Revista de Historia Moderna, Contemporánea, de América y del Arte*, 19, 2007, pp. 11-30.

siguieron una política de educación de sus hijos que se apoyaba muy especialmente en el consejo y patrocinio de los parientes que habían salido fuera para hacer carrera. A través de sus cartas, estos orientaban a sus familias de la aldea sobre las posibilidades de colocación de los jóvenes y les asesoraban sobre la educación a seguir para tal fin. Luego, los llevaban consigo a Madrid, Cádiz o las Indias, los presentaban en sociedad y los introducían en la administración real o en los negocios.

En esta política de educación y patrocinio, parece que jugaron un papel especialmente relevante los parientes que, al no tener cargas familiares propias, se volcaron al servicio de sus sobrinos. Es el caso, en particular, de los parientes eclesiásticos. Así lo muestra, por ejemplo, la acción del baztanés Juan Javier Gastón de Iriarte (Errazu, 1714-1798) en favor de la educación de sus sobrinos Juan Tomás de Dolarea, Joaquín Gastón de Iriarte y su hermano Luis Gonzaga, en la segunda mitad de la centuria. A través de su correspondencia epistolar, vemos cómo orienta la educación de sus sobrinos, financia sus estudios, mueve relaciones para buscarles acomodo y se ocupa de su instrucción descendiendo, incluso, a pequeños detalles como el modo de coger la pluma para escribir mejor<sup>25</sup>.

La educación para salir a hacer carrera fuera del valle requería, al menos, el aprendizaje del castellano y de las primeras letras, saber leer, escribir y contar. En el mundo rural vasco-navarro este aprendizaje era fundamental. No olvidemos que, a finales del siglo XVII, la gran mayoría de la población baztanesa, por ejemplo, no entendía el castellano. Así lo señalaba el escribano público del valle, en 1696, cuando, en la junta general que debía aprobar las Nuevas Ordenanzas municipales, tuvo que traducirlas de viva voz al vascuence para que los vecinos congregados pudieran entenderlas.

Una parte importante del aprendizaje se hacía en el ámbito privado de las familias, estudiando, por ejemplo, con un clérigo de la parentela, o con un preceptor, o yendo a casa de algún pariente, a Pamplona, la corte u otras ciudades de la Península y de las Indias, para proseguir la instrucción bajo su amparo. Por ejemplo, el baztanés Juan Francisco de Lastiri (Errazu, 1721-1802), futuro secretario del Patronato de la Cámara de Castilla, fue enviado a Pamplona para recibir su primera educación en casa de su tío Juan de Lastiri, y de allí, su tío Miguel Gastón de Iriarte lo envió a un colegio de Francia y lo colocó después como paje de bolsa del ministro Carvajal. En la misma línea, Miguel Fernando de Irigoyen y Echenique, de la casa Buztinaga de Errazu, fue a Pamplona para educarse en casa de su tío don Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutari, prior de Velate y futuro obispo de Pamplona, con quien viajó a Roma, donde estudió la Gramática. Después de enviarle a Francia para aprender el idioma, le dirigieron a Madrid, a casa de su pariente María Joaquina de Iturriría, mujer de Juan Matías de Arozarena, director general de Rentas y consejero de Hacienda desde 1779. José Joaquín Gastón de Iriarte y Cortejarena (Errazu, 1766-1823) fue enviado siendo niño a Pamplona, a casa de su tío abuelo Pedro Fermín Jáuregui, arcediano de cámara de la catedral,

<sup>25</sup> La información documental se puede consultar en Imízcoz, J. M., «El patrocinio familiar. Parentela, educación y promoción de las élites vasco-navarras en la Monarquía borbónica», en Chacón, F. y Hernández Franco, J., *Familias, poderosos y oligarquías*, Murcia, 2001, pp. 95-132.

quien se encargó de su primera enseñanza; tras la muerte de éste, pasó bajo la custodia de su tío Juan Javier Gastón de Iriarte, canónigo de la catedral de Toledo, quien le hizo estudiar Gramática y Humanidades en Yébenes. Pedro Vicente de Echenique y Gastón de Iriarte (Azpilcueta, 1749-1820) salió de la casa Dolarea de Urrasun para recibir su primera educación en Pamplona, por cuenta de su tío Martín de Echenique, administrador de rentas de Baeza, quien en seguida le llevó a su compañía<sup>26</sup>. Estas trayectorias educativas por los caminos del parentesco fueron frecuentes en las biografías de estos personajes.

Progresivamente, la demanda selectiva de educación llevó a establecer formas regladas de instrucción. La historia de la educación ha asociado la creación de escuelas de primeras letras<sup>27</sup> a argumentos idealistas, como los «progresos de la educación», pero no tanto a demandas sociales específicas. En el valle de Baztan, las escuelas de primeras letras pasaron de dos, a finales del siglo XVII, a ocho –sobre un total de catorce lugares– en 1797. Si miramos de cerca, su expansión a lo largo del siglo parece íntimamente relacionada con el fenómeno de carreras que estamos observando. En efecto, las referencias más precoces que encontramos, las de las escuelas de Maya y Errazu, parecen corresponder a los lugares de los que eran originarias familias, como los Borda, que iniciaron aquella dinámica de carreras y negocios en la segunda mitad del siglo XVII. Así, por ejemplo, hacia 1680, Norberto de Borda y Juana María de Aldecoa, dueños del palacio Arrechea de Maya, hicieron que su hijo Juan Francisco estudiara en la escuela de Maya, donde «le enseñaron la doctrina cristiana, leer, escribir y contar», antes de aviarlo a la Nueva España, hacia 1682. Para todo ello, «gastaron los dichos sus padres de sus propios bienes y hacienda muchas cantidades»<sup>28</sup>. Por su parte, en el lugar de Errazu, el capitán Juan Lastiri Bicondo, que tuvo un gobierno en Indias, dotó una maestría de escuela en la segunda mitad del siglo XVII.

Las dotaciones de maestrías fueron aumentando a medida que avanzaba el siglo XVIII y se multiplicaban aquellas carreras. Parece que la creación y financiación de escuelas de primeras letras se debió especialmente a personajes que siguieron sus negocios y carreras en España y en las Indias, cuyo enriquecimiento había sido posible gracias a la alfabetización que les abría la puerta de las carreras mercantiles y burocráticas. En este contexto, es lógico que se preocuparan especialmente por financiar escuelas que sirvieran, a su vez, para asegurar las bases educativas de las futuras carreras de sus parientes y paisanos.

El ejemplo del valle de Baztan a este respecto es significativo. En un mundo rural tan enclavado en la cultura tradicional, sorprende la abundancia de donaciones con diversos fines educativos que se produjeron a lo largo del siglo. Recordemos algunas de ellas. En Errazu, además de la citada dotación

<sup>26</sup> IRIGOYEN Y OLÓNDRIZ, M., *Noticias históricas y datos estadísticos del Noble Valle y Universidad de Baztan*, Pamplona, 1890, pp. 96-98, 106.

<sup>27</sup> Sobre la enseñanza de primeras letras en la Navarra del siglo XVIII, ver los trabajos de LASPALAS, J., en particular: «Las escuelas de primeras letras en Navarra a finales del Antiguo Régimen (1780-1820)», en *Primer Encuentro sobre Historia de la Educación en Navarra*, Pamplona, 2001, pp. 85-98, y «La legislación sobre Escuelas de Primeras Letras y su administración en Navarra durante la segunda mitad del siglo XVIII», *Educación XXI*, 5, 2002, pp. 199-226.

<sup>28</sup> ARAMBURU, J. M. y USUNÁRIZ, J. M., «De la Navarra de los Austrias a la hora navarra del XVIII», en ANDRÉS-GALLEGO, J. (coord.), *Navarra y América*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 34.

por el capitán Juan Lastiri, doña Joaquina de Iturriría (vecina de Madrid, hija de un rico hombre de negocios y mujer de Juan Matías de Arozarena, director general de Rentas Generales) fundó una obra pía docente en 1772 para dar enseñanza primaria y superior a un estudiante. En Arizcun, Juan Bautista de Iturrealde (acaudalado hombre de negocios en Madrid, secretario de Hacienda y marqués de Murillo) y su mujer, doña Manuela de Munárriz, donaron en 1734 un capital de 85 ducados de plata doble para pagar con los réditos a un maestro de escuela. En el mismo pueblo se fundó, en 1815, una maestría de niños gracias al legado de Juan Miguel de Aguerrebere, comerciante adinerado del comercio de Cádiz. En Elizondo, Sebastián Plaza fundó una maestría. En Elvetea destacaron las fundaciones docentes de Miguel Arias y Joaquín Antonio Echenique. En Irurita sobresalieron la dotación de un maestro por Tiburcio de Hualde, a su regreso de las Indias, y la fundación de una maestría de niños gracias al legado del ya citado Juan Miguel de Aguerrebere, en 1815. En el lugar de Ciga destacaron las fundaciones para la escuela de primeras letras de Pedro de Aycinena (comerciante muy rico en México y hermano del marqués de Aycinena), Jaime de Ozta, Juan Bautista de Sarraeta, Juan Bautista de Mayora y Graciana de Mayora. En Lecároz, Juan José de Barreneche, acaudalado comerciante de México, dotó una maestría en 1801 con un capital de 48.000 reales fuertes<sup>29</sup>. En Maya, destacó la fundación de una obra pía docente por Pedro Vicente de Echenique y Gastón de Iriarte (1749-1820), arcediano de la cámara de la catedral de Pamplona<sup>30</sup>. Como hemos dicho, para 1797 el número de escuelas de primeras letras en el valle de Baztan se había extendido a ocho de sus catorce lugares y a ellas asistían 299 niños y 30 niñas<sup>31</sup>.

Los promotores de estas parentelas de la hora del XVIII no sufragaron solamente los estudios de primeras letras. Seguir carreras administrativas, militares y eclesiásticas exigía una continuación de los estudios en colegios, academias militares y universidades. La preparación para estas carreras requería una inversión económica especial y, en torno a ella, observamos de nuevo el patrocinio de los parientes y benefactores principales.

Entre las fundaciones que se hicieron en el valle de Baztan destacaron las de Juan Bautista de Iturrealde y Manuela de Munárriz<sup>32</sup>. Por ejemplo, en 1748 dejaron 11.000 reales de vellón anuales para financiar los estudios de cuatro estudiantes en la Universidad de Salamanca. Los primeros beneficiarios de esta ayuda debían ser los parientes de los fundadores, empezando por los más cercanos. También, en la misma fecha donaron 7.200 reales de vellón anuales para la asistencia de cuatro militares que sirvieran en los ejércitos de tierra y marina, con la misma preferencia de los parientes más allegados. Con

<sup>29</sup> ACGI, «Testamento y última disposición de Don Juan José de Barreneche, natural del lugar de Lecároz en el Valle de Baztan, que falleció en la ciudad de Pamplona en diez y ocho de mayo de mil ochocientos y uno», Pamplona, imprenta de Joaquín Domingo, s.f.; ACGI, «Informe sobre la escuela de primeras letras de Errazu...», 21 de marzo de 1814».

<sup>30</sup> NÚÑEZ DE CEPEDA, M., *La beneficencia en Navarra a través de los siglos*, Pamplona, 1940, pp. 322, 324-325, 327, 329, 332, 335, 337, 341; IRIGOYEN Y OLÓNDRIZ, M., *Noticias históricas...*, *op. cit.*, pp. 93-106.

<sup>31</sup> Archivo General de Navarra (AGN), sección de Estadística y Población, leg. 8, carpeta 12, Empadronamiento de 1797.

<sup>32</sup> IRIGOYEN Y OLÓNDRIZ, M., *Noticias histórica...*, *op. cit.*, pp. 76-77.

estas fundaciones, los benefactores favorecían en particular a sus parientes y descendientes, procurándoles un cauce relativamente estable y duradero para financiar carreras burocráticas, militares y eclesiásticas durante varias generaciones.

En cuanto a las carreras eclesiásticas, fue especialmente destacada la fundación, por dichos Juan Bautista de Iturralde y Manuela de Munárriz, del colegio de San Juan Bautista de Pamplona, en 1734, una obra de gran envergadura cuyo solar costó 80.069 reales de plata doble efectivos y su construcción 93.782 reales y 13 maravedís de dicha moneda. El presupuesto anual de dicha institución estaba calculado en 12.609 reales y medio de plata. Este colegio seminario ofrecía doce plazas para colegiales que siguieran la carrera eclesiástica y que podían disfrutar de esa pensión gratuitamente durante diez años. Para ingresar en él había que tener por lo menos diez años de edad y saber leer y escribir. Aquí también tenían prioridad los parientes de los fundadores y, a falta de éstos, los naturales del valle de Baztan, prefiriendo a los del lugar de Arizcun y, entre ellos, a los parientes dentro del cuarto grado de los poseedores de las casas Iturralde y Gamioa, nativas del fundador y de sus padres.

La educación en estas familias estaba dominada por el sentido práctico. Se educaba en función del destino y, claro, de forma diferenciada para los varones y las mujeres. Los hijos destinados a hacer carrera en la corte, en la alta administración, en la milicia, en la iglesia o en los negocios necesitaban una instrucción especial. Educar no era solamente transmitir saber, sino pulir. Esto resultaba especialmente necesario para moverse en la sociedad cortesana. Lo que explica, sin duda, la importancia que tuvo el aprendizaje de la etiqueta, la equitación, el esgrima o el baile en la educación que procuraba el Real Seminario de Nobles de Vergara, al que, entre 1776 y 1804, acudieron treinta y cuatro navarros, muchos de ellos hijos de familias especialmente implicadas en la dinámica de carreras que estamos observando, además de unos cuantos hijos de navarros establecidos en la corte y en diversas plazas de España y de América<sup>33</sup>.

Producir caballeros de esas características no era fácil, especialmente para los grupos familiares que venían desde abajo y que estaban en pleno proceso de ascenso social, pasando del mundo rural más enclavado a la sociedad cortesana más sofisticada. Así lo refleja la anécdota de aquel joven natural de Vizcaya que se preparaba para ir a la corte y a quien un primo avezado en los usos cortesanos intentaba pulir, al parecer con escasos resultados, ya que, como relata en una de sus cartas, a pesar de sus esfuerzos se notaba a la legua que era vizcaíno<sup>34</sup>.

Las hijas de estas familias estaban excluidas de las carreras de los varones, pero, al menos en algunos casos, observamos con respecto a ellas una política educativa superior a la que dominaba en el conjunto de la sociedad de su entorno. De un modo general, las hijas se educaban para su función social de ser esposas y madres. Pero estas familias buscaban, además, que fueran esposas

<sup>33</sup> CHAPARRO SÁINZ, A., *Educarse para servir al Rey. El Real Seminario Patriótico de Vergara (1776-1804)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2011.

<sup>34</sup> RUIZ DE AZÚA, E., *Don Pedro Bernardo Villarreal de Bériz (1669-1740). Semblanza de un vasco precursor*, Madrid, Castalia/Fundación Juanelo Turriano, 1990.

y madres instruidas, capaces de educar a sus hijos. Además, por la endogamia profesional que practicaban estos grupos, algunas de estas doncellas estaban destinadas a ser mujeres de altos cargos de la monarquía, administradores reales, embajadores, oficiales del ejército, financieros de la corona, o mujeres de notables provinciales vinculados familiarmente con estos grupos. Por lo tanto, tenían que estar a la altura de las circunstancias, saber estar, recibir y representar, tener una conversación suficientemente culta y refinada. De hecho, hubo posibles matrimonios que se desecharon (como el de un joven Larrainzar, de una familia principal de comerciantes de Pamplona, y una hija del palacio de Borda), alegando que la candidata era demasiado pueblerina. Para buscar esta educación de calidad, familias del noroeste de Navarra, como los baztaneses Gastón de Iriarte o los Cortejarena del palacio de Ituren llevaron a sus hijas a educarse en centros de Francia, como el convento de la Visitación de Bayona, que superaban, según ilustrados como Samaniego y Peñaflores, la simple educación religiosa y doméstica que prodigaban en Navarra conventos femeninos como la Enseñanza de Tudela<sup>35</sup>.

Sin duda, la labor de pulido de estas jovencitas se completó también, como en el caso de los varones, en el ámbito de la parentela, de la mano de las parientas más introducidas en la alta sociedad. Así, por ejemplo, cuando la familia Gastón de Iriarte llevó a la joven María Felicia desde la aldea de Errazu a Madrid, en 1746, para casarla con un primo segundo, que era tesorero de la reina Isabel de Farnesio, lo primero que hicieron al llegar a la corte fue vestirla. En Madrid le estaban esperando sus parientas, la condesa de Saceda y la condesa de Villafranca, con la ropa y los aderezos (el reloj, el abanico, los guantes y las cintas) que debía lucir una dama de calidad en la corte<sup>36</sup>.

En definitiva, la producción de élites económicas, administrativas, militares y eclesiásticas fue un poderoso motor de políticas educativas por parte de sus familias. En su conjunto, el fenómeno comportó cambios culturales importantes pero, evidentemente, unos cambios selectivos, diferenciales, no generales, lo que contribuyó a agudizar las diferencias socio-culturales en el seno de la sociedad de origen. Por otra parte, esta educación tuvo una base común para todos los que participaron en dicha dinámica –las primeras letras– pero luego un desarrollo diferenciado según las carreras. No es lo mismo la formación de un comerciante, al que basta saber leer, escribir y hacer cuentas, que la formación de un miembro del alto clero, un letrado, un oficial de una secretaría del despacho, o un oficial del ejército borbónico.

<sup>35</sup> PALACIOS, E., «Samaniego y la educación en la Sociedad Bascongada de Amigos del País», en *I Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, San Sebastián, 1986, pp. 307-308; RECARTE BADIOLA, M. T., *Ilustración vasca y renovación educativa: la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, Salamanca, 1990, p. 121.

<sup>36</sup> «(...) la noche que venimos estaban esperando en casa las condesas de Villafranca y Saceda (...) aquella misma noche regaló a la hermana la de Villafranca (por mano del tío) con un reloj de oro, un abanico rico, guantes y cintas. El siguiente día la regaló también la de Saceda con un juego de delantal paletina y manguito de pluma, un abanico rico, guantes y cintas, demostración q(ue) es regular hacerse por las personas, quiero decir señoras, que tienen alguna adherencia». ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte y M.<sup>a</sup> Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a M.<sup>a</sup> Josefa Gastón de Iriarte (Gaztelu, Navarra), 19 de enero de 1747.

## CARRERAS ESTATALES, ENTORNOS ILUSTRADOS Y CONFIGURACIÓN DE UNA NUEVA CULTURA POLÍTICA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII

¿Qué especificidad tuvieron las carreras cortesanas, administrativas y militares en el siglo XVIII? ¿Por qué tenían que ser, como sugiere el conde de Guenduláin, un factor de cambio de la cultura política de las familias de la nobleza navarra que participaron en ellas? La pregunta es pertinente ya que en los siglos anteriores había habido navarros al servicio del rey, como letrados en la magistratura o soldados en la milicia<sup>37</sup>, y, sin embargo, no se habían producido cambios tan profundos. El cambio de cultura política no fue, evidentemente, un fenómeno local, navarro, sino un fenómeno más general, relacionado con la dinámica estatal que se inaugura en el siglo XVIII. A lo largo de la centuria, y muy especialmente en su segunda mitad, se estableció en España un gobierno de tipo ministerial –ejecutivo, regalista y reformador– que empezó a configurar una dinámica estatal nueva y específica, que contrastaba con la cultura jurisdiccional tradicional, con el gobierno de letrados y con los valores aristocráticos que habían sido la norma hasta entonces. Nuestra hipótesis es que los hombres que se forjaron en las experiencias de esta dinámica de gobierno se hicieron hombres nuevos, adoptando y difundiendo estos valores.

El cambio de cultura política fue especialmente significativo, según parece, en las administraciones reformadas por los Borbones que estuvieron especialmente relacionadas con su política regalista y reformista, sobre todo durante la segunda mitad de la centuria, mientras que otros sectores de las administraciones de la monarquía, en especial los consejos y el mundo de los letrados, mantuvieron, al parecer, rasgos más conservadores y la tradicional cultura política jurisdiccional<sup>38</sup>.

La penetración de navarros y de otros hidalgos norteños en este tipo de administraciones se vio favorecida por el hecho de que las principales reformas administrativas se produjeron a comienzos del reinado de Felipe V, justo en el momento en que estas redes norteñas se elevaron con fuerza especial en torno al soberano, pudiendo introducirse abundantemente en las nuevas instituciones y luego reproducirse en ellas mediante mecanismos de cooptación a lo largo de la centuria.

Desde el reinado de Felipe V se establecieron determinadas administraciones de tipo funcional que fueron decisivas para la política reformista de los Borbones. Con la reforma de las secretarías del despacho, germen de los futuros ministerios, se configuró un gobierno de tipo ministerial y ejecutivo, por encima del tradicional sistema polisindial, cuyo secretario despachaba directamente con el soberano y se apoyaba en una administración propia, compuesta por un personal fijo de oficiales que seguían carreras de tipo fun-

<sup>37</sup> FLORISTÁN, A., «Entre la casa y la Corte. Una aproximación a las élites dirigentes del Reino de Navarra (siglos XVI-XVIII)», en IMÍZCOZ BEÚNZA, J. M. (dir.), *Élites, poder y red social*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996, pp. 183 y 188.

<sup>38</sup> GARRIGA, C. (coord.), *Historia y Constitución. Trayectos del constitucionalismo hispano*, México, 2010; GARRIGA, C. y LORENTE, M., «Nuestro Cádiz, diez años después», en GARRIGA, C. y LORENTE, M., *Cádiz, 1812. La Constitución jurisdiccional*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 15-40.

cionarial, con seguridad de empleo, ascenso regular en el escalafón, sueldos correspondientes a cada nivel y jubilación en fin de carrera<sup>39</sup>. El reclutamiento de estos oficiales dependía directamente del ministro de cada ramo y su formación se efectuaba en las propias oficinas de las secretarías y no en las universidades castellanas, donde se habían formado tradicionalmente los magistrados que configuraban el gobierno mediante consejos de la monarquía de los Austrias. En estas oficinas de las secretarías se iría formando, a lo largo de la centuria, un gobierno de tipo ejecutivo caracterizado por el absolutismo ministerial, apoyado en unos colectivos administrativos regidos de forma mecánica por reglas impersonales, capaces de funcionar por sí mismos, con autonomía y continuidad, que han sido considerados como el embrión del estado administrativo moderno<sup>40</sup>.

Así mismo, fueron decisivas las reformas del ejército. La carrera militar cambió sustancialmente, al formarse un ejército regular y permanente con mandos profesionales. Con la creación de academias militares, el rey pasó a seleccionar y formar, por vez primera, a los oficiales de su ejército. Dentro de la carrera militar, cobraron una importancia especial las Guardias Reales, creadas por Felipe V a comienzos de siglo, cuerpos de élite especialmente vinculados al soberano que sirvieron como cantera de mandos para el resto del ejército y vivero de los principales cargos de gobierno territoriales, como virreyes y gobernadores<sup>41</sup>. En las Guardias Españolas de Infantería, por ejemplo, destacaron algunos navarros que siguieron ulteriormente notables carreras político-militares, como José Armendáriz Perurena, marqués de Castelfuerte, los hermanos Sebastián y Rafael de Eslava Lasaga, naturales de Enériz<sup>42</sup>, el baztanés Pedro Argain Yoldi, que sería marqués de la Real Corona, Melchor Escalzo Acedo, natural de Sesma, Juan Lorenzo Reparaz, natural del palacio de Oteiza, en el valle de Bertizarana, Juan Angel Sáenz de Vicuña, natural de Los Arcos, o Carlos Virto<sup>43</sup>.

Muchos miembros de estas familias siguieron también carreras en el alto clero. A lo largo de la centuria contamos veintiocho obispos de origen navarro y, por debajo de ellos, un número muy abundante de dignidades y canónigos

<sup>39</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V., «Cambio social y poder Administrativo en la España del siglo XVIII», en CASTELLANO, J. L. (ed.), *Sociedad, Administración y poder en la España del Antiguo Régimen*, Universidad de Granada, 1996, pp. 116-117; FRANCO RUBIO, G. A., «La Secretaría de Estado y Despacho de Guerra en la primera mitad del siglo XVIII», en CASTELLANO, J. L. (ed.), *Sociedad, Administración y poder...*, op. cit., pp. 149-151; CASTELLANO, J. L., DEDIEU, J. P. y LÓPEZ-CORDÓN, M. V. (eds.), *La pluma, la mitra y la espada. Estudios de Historia Institucional en la Edad Moderna*, Madrid, Universidad Burdeos/Marcial Pons, 2000.

<sup>40</sup> DEDIEU, J. P., «La muerte del letrado», en ARANDA PÉREZ, F. J. (coord.), *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, pp. 492-493, 497 y 502.

<sup>41</sup> ANDÚJAR CASTILLO, F., «Elites de poder militar: las guardias reales en el siglo XVIII», en CASTELLANO, J. L., DEDIEU, J. P. y LÓPEZ-CORDÓN, M. V. (eds.), *La pluma, la mitra y la espada. Estudios de historia institucional en la Edad Moderna*, Madrid, 2000, pp. 65-94; ID., «Las elites de poder militar en la España borbónica», en CASTELLANO, J. L. (ed.), *Sociedad, Administración y poder...*, op. cit., p. 234.

<sup>42</sup> Sebastián de Eslava sería virrey de Nueva Granada y de Perú, capitán general de Andalucía, capitán general de los reales ejércitos y secretario del Despacho de Guerra entre 1754 y 1759.

<sup>43</sup> ANDÚJAR CASTILLO, F., «De la periferia a la Corte. La integración de vascos y navarros en los cuerpos de elite del ejército borbónico», en PORRES MARIJUÁN, M. R. y REGUERA ACEDO, I. (coord.), *La proyección de la monarquía hispánica en Europa: política, guerra y diplomacia entre los siglos XVI y XVIII*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 175-196.

establecidos en catedrales de la Península y de América<sup>44</sup>. Si no todos, muchos de ellos eran miembros de estas parentelas conectadas con las redes de poder ministerial en torno al soberano. Se trató por lo general de un clero regalista y algunos de ellos estuvieron bastante implicados en la política reformista auspiciada por la corona. Así, por ejemplo, el obispo José Escalzo fue el promotor de varias sociedades económicas en la provincia de Cádiz<sup>45</sup>.

Como el acceso a la administración real y a la oficialía del ejército se hacía a través de relaciones personales, las parentelas que se hallaban mejor establecidas en estas instituciones pudieron reproducirse en ellas con mayor o menor fortuna a lo largo de todo el siglo, especializándose como familias de administradores y militares del Estado borbónico, como hemos visto en el caso de los Gastón de Iriarte.

En estas carreras administrativas y militares se fueron configurando unos entornos profesionales en los que se desarrollaron determinados valores y pautas culturales. En efecto, el entorno social y cultural de estos administradores y militares de carrera coincidía, en buena medida, con su entorno profesional, muchas veces desde su misma infancia, dada la endogamia de las vías de reclutamiento, de su política matrimonial y de los círculos de sociabilidad que frecuentaron<sup>46</sup>.

Con las reformas administrativas y militares de Felipe V se establecieron unas vías específicas de formación y reclutamiento en las que los hijos de estas familias se encontraban desde jóvenes. Los colegios de nobles de Madrid (1726) y de Vergara (1776), las academias militares, las covachuelas de las secretarías del despacho o las Guardias Reales fueron los principales semilleros de los cuadros políticos de los Borbones<sup>47</sup>. En estos cauces, jóvenes de diversas procedencias recibían una educación específica, no sólo técnica o más o menos científica, como en las «armas sabias» de la marina y la artillería, sino también, seguramente (aunque en este aspecto nos queda mucho por saber), ejecutiva y regalista, como corresponde al perfil que se esperaba de estos futuros cuadros de la monarquía absolutista. Al mismo tiempo, en estos centros fueron estableciendo sus amistades juveniles, y compartiendo experiencias y afinidades que, más allá de las diferencias, contribuyeron, sin duda, a configurar unos valores y una cultura política con muchos rasgos comunes.

Por ejemplo, a partir de 1776 hallamos a treinta y cuatro jóvenes navarros, más otros descendientes de navarros provenientes de otras latitudes de España y de América, estudiando en el Seminario de Nobles de Vergara,

<sup>44</sup> IMÍZCOZ, J. M. y GARCÍA DEL SER, M. V., «El alto clero vasco y navarro en la Monarquía hispánica del siglo XVIII: Bases familiares, economía del parentesco y patronazgo», en AGUIRRE, R. y ENRÍQUEZ, L. (coords.), *La Iglesia hispanoamericana, de la colonia a la república*, México, 2008, pp. 125-187; tesis de Andoni Artola sobre el episcopado español entre 1759 y 1840.

<sup>45</sup> FRANCO, G. A., «Hacia una re-construcción de la sociabilidad ilustrada: Las Sociedades gaditanas de Amigos del País», *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejos, 1, 2002, pp. 177-209; IGLASIAS RODRÍGUEZ, J. J., «Ilustración y sociedades económicas en la provincia de Cádiz», *Studia histórica*, Historia moderna, 28, 2006, pp. 337-357.

<sup>46</sup> IMÍZCOZ, J. M., «Militares ilustrados. Parentesco, amistad y afinidades políticas en la formación de 'élites estatales' en el siglo XVIII», en GARCÍA-HURTADO, M. R. (coord.), *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII*, A Coruña, Universidade da Coruña, 2011 (en prensa).

<sup>47</sup> DEDIEU, J. P., «La muerte del letrado», en ARANDA PÉREZ, F. J. (coord.), *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, pp. 479-511.

fundado por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País<sup>48</sup>. Entre ellos se encontraban hijos de algunas de estas familias baztanesas que a lo largo de la centuria venían reproduciéndose generacionalmente en las carreras de la monarquía. Allí estudiaron, por ejemplo, varios jóvenes de la parentela de los Gastón de Iriarte: los tres hermanos Miguel María, Melchor y Antonio Gastón de Iriarte y Navarrete, hijos del baztanés Miguel José Gastón, teniente general de la Marina, su primo Luis Gastón y Cortejarena, futuro mariscal de campo, y sus primos segundos Francisco de Paula Indaburu y Dolarea y Celestino Javier Gastón y Dolarea. Junto a ellos estudiaron también en Vergara hijos de familias de origen navarro que se habían establecido en la corte o en otros centros de poder y riqueza de la monarquía, como los Goyeneche, Múzquiz, Uztáriz, Magallón y Armendáriz, etc. Allí conocieron y establecieron amistades con hijos de familias ilustradas –vascongadas, cántabras y de otras latitudes– que seguían trayectorias semejantes en carreras cortesanas, militares y burocráticas y que, en muchas ocasiones, se encontrarían luego en las mismas carreras y destinos, como los jóvenes Mazarredo, Álava, Munibe, Urrutia, Valdés, Ulloa, Navia, Ceballos, Llano, O'Reilly, Uztáriz, Foronda, Zuaznábar, Olaso, Lezo y Garro, Ponce de León y Buccarelli, Gardoqui, etc.<sup>49</sup>.

De hecho, la mayoría se orientó a carreras militares en la oficialía del ejército y de la marina; concretamente el 46% de los 542 alumnos que pasaron por Vergara entre 1776 y 1804<sup>50</sup>. En este colegio recibieron una educación secundaria con un perfil muy específico, en particular una educación técnica con fuertes dosis de matemáticas y otras ciencias que les preparasen para ingresar en academias militares como las de Guardias Marinas o la de Artillería. Estas academias militares, además de formar a la oficialía del ejército y de la marina, constituían los principales focos científicos en la España de la época. En la Academia de Guardias Marinas, por ejemplo, los cadetes aprendían geometría, trigonometría, cosmografía, náutica, mecánica, hidrografía, geografía y astronomía<sup>51</sup>. Semejante componente técnica tuvo la formación en el Real Colegio de Artillería de Segovia (1764)<sup>52</sup>.

<sup>48</sup> CHAPARRO SÁINZ, A., *Educarse para servir al Rey...*, op. cit.

<sup>49</sup> MARTÍNEZ RUIZ, J., *Filiación de los seminaristas del Real Seminario Patriótico Bascongado y de Nobles de Vergara*, San Sebastián, 1972; Bergarako Udal Agitegia (BUA), Usandizaga Institutoa, I-C, C/0023: «Curso de 1787 a 1788. Notas de aplicación y aprovechamiento de los alumnos de este Real Seminario Patriótico Vascongado»; ARS, 2.4.04, C/065-05, Actas de exámenes y notas de aplicación, aprovechamiento y conducta... 1786-1788; ARS, 2.04.01, C/075-06, Lista de los seminaristas..., 1788-1793; C/075-11, Lista de los seminaristas..., 1792-1794; ARS, 2.4.03, C/074-02, «Libro en que se asientan los delitos y castigos de los seminaristas...», 1804; Usandizaga, C-I, C/0024, «Notas de aplicación y aprovechamiento de los Caballeros Seminaristas...», 1805.

<sup>50</sup> CHAPARRO SÁINZ, A., *Educarse para servir al Rey...*, op. cit.

<sup>51</sup> SELLÉS, M. A., «Ciencia y profesión militar en la Marina española del s. XVIII», en BALAGUER, E. y GIMÉNEZ, E. (eds.), *Ejército, Ciencia y Sociedad en la España del Antiguo Régimen*, Alicante, 1995, pp. 395-405; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, F. J., «El Real Observatorio de la Armada y su faceta docente. Los estudios superiores (ss. XVIII y XIX)», *Gades*, 18, 1988, p. 66; GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, M. D., *Bajo pólvora y estrellas. Churruca y otros marinos vascos de la Ilustración*, Donostia-San Sebastián, Museo Naval, 2000.

<sup>52</sup> HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D., *La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de Artillería de Segovia*. Segovia, BCA, 1990; ID., *Cañones y probetas en el Alcázar. Un siglo en la historia del Real Colegio (1764-1862)*, Segovia, 1993; ID., «La formación de los militares en el siglo XVIII. El colegio

Las afinidades que podían resultar de compartir los mismos centros de formación y unas amistades juveniles comunes, se reforzaban, más tarde, por la fuerte endogamia matrimonial que practicaron estos grupos familiares. Se ha estimado que, entre los funcionarios y políticos establecidos en Madrid, entre 1750 y 1850, la endogamia matrimonial alcanzaba el 73,7%<sup>53</sup>. Semejante endogamia parece imperar en las familias de los militares. Su estudio debería permitirnos conocer el perfil de los grupos de administradores y militares que se formaron con las reformas de los Borbones.

Por último, muchos de estos administradores y oficiales se encontraron, de un modo especial, en las sociedades ilustradas de la segunda mitad del siglo, en las tertulias políticas, las academias reales y las sociedades económicas<sup>54</sup>. Los hombres de estos grupos profesionales participaron intensamente en estos círculos de sociabilidad ilustrada y fueron a menudo sus creadores y directores. Dos ejemplos próximos, en el caso de los navarros, fueron la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, a partir de 1764, y la Real Sociedad Tudelana de los Deseosos del Bien Público.

En otro lugar hemos observado cómo los dirigentes de la Sociedad Bascongada, los veinticuatro socios de número, formaban parte de un grupo de parentesco amplio cuyas familias estaban especialmente vinculadas, desde el reinado de Felipe V, a las carreras de la corte, del ejército, de la alta administración y del imperio colonial<sup>55</sup>. De un modo semejante a lo que hemos observado en las familias navarras de la hora del XVIII, estas familias mantenían a un heredero en casa, que es el patricio local y provincial que la historiografía ha visto más fácilmente, pero sus hermanos y primos y tíos seguían muchas veces las carreras de la monarquía. También lo harían sus hijos y sobrinos, a los que pronto prepararon en Vergara para las carreras militares y administrativas. Parecido perfil tenían los demás socios de la Bascongada, 1.630 individuos, de los cuales el 82% residían fuera de las provincias vascas, muchos de ellos naturales del país que se hallaban cursando carreras administrativas, militares y mercantiles en toda la geografía del imperio, en la Península y en las Indias. Los demás, un 18%, residían en las provincias vascas y en Navarra, tenían perfiles variados, pero bastantes de ellos eran los hermanos de estas familias que habían quedado en el país, al frente del mayorazgo o de la casa troncal.

Semejante perfil parece observarse en la Real Sociedad Tudelana de los Deseosos del Bien Público<sup>56</sup>. Su fundación y dirección estuvo liderada por

artillero de Segovia o la creación de un modelo», Seminario científico *Educación, redes sociales y producción de élites en el siglo XVIII*, Vitoria-Gasteiz, 16 y 17 de diciembre de 2008 (en prensa).

<sup>53</sup> CRUZ, J., *Los notables de Madrid...*, op. cit., p. 249.

<sup>54</sup> FRANCO RUBIO, G. A., «El ejercicio del poder en la España del siglo XVIII. Entre las prácticas culturales y las prácticas políticas», en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V. y LUIS, J. Ph. (coord.), *La naissance de la politique moderne en Espagne*, Mélanges de la Casa de Velázquez, Nouvelle série, 35 (1), 2005, pp. 51-77; SÁNCHEZ-BLANCO, F., *El Absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III*, Madrid, Marcial Pons, 2002; ID., *La Ilustración goyesca. La cultura en España durante el reinado de Carlos IV (1788-1808)*, Madrid, CSIC, 2007.

<sup>55</sup> IMÍZCOZ, J. M. y CHAPARRO, A., «Los orígenes sociales de los ilustrados vascos», en ASTIGARRAGA, J., LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y URKIA, J. M. (eds.), *Ilustración, ilustraciones*, Donostia-San Sebastián, RSBAP, 2009, vol. II, pp. 993-1027.

<sup>56</sup> GUIJARRO SALVADOR, P., «*Los Deseosos del Bien Público*: Protagonistas, mentalidades y proyectos en Tudela durante la Ilustración (1750-1808), tesis doctoral, Pamplona, Universidad de Navarra, 2009.

hombres estrechamente vinculados a la corte y a las carreras militares y burocráticas de la monarquía, aunque, lógicamente, como en el caso de la Bascongada, participaran en ella otros elementos de la sociedad local vinculados a estos. La tertulia precursora de esta Sociedad se reunía en casa de los marqueses de San Adrián, al menos desde 1773, y en ella destacaban Francisco Magallón y Beaumont, quinto marqués de San Adrián, y su hijo José María Magallón y Mencos.

Bajo la apariencia estable del título nobiliario, esta familia era el resultado del entronque de un linaje de la vieja nobleza navarra –los Magallón y Beaumont, marqueses de San Adrián– con familias que ascienden en el siglo XVIII al servicio de los Borbones en la corte, el ejército y las finanzas, como los Mencos, los Armendáriz y los Rodríguez Ríos. Francisco Magallón y Beaumont (1707-1778), quinto marqués de San Adrián, casó con María Teresa Mencos, hija de los condes de Guenduláin. Su sucesor, José María Magallón y Mencos Ayanz (1735-1798) enlazó con María Josefa Armendáriz Acedo, sobrina nieta de José Armendáriz, sargento mayor de las Guardias de Corps y primer marqués de Castelfuerte. Su sucesor, José María Magallón y Armendáriz casó en 1790 con María Isidra Rodríguez Ríos Jauche, sucesora y heredera del título de uno de los grandes arrendadores de Felipe V, el asentista Francisco Rodríguez Ríos, marqués de Santiago.

Por otra parte, a través de los Mencos Ayanz, los marqueses de San Adrián emparentaron con las familias de los ilustrados vascos especialmente vinculadas a las carreras cortesanas, como Munibe e Idiáquez, Areizaga, Aguirre y Ayanz, marqueses de Montehermoso, o Aguirre y Eguía, marqués de Narros<sup>57</sup>. Estas familias navarras y vascongadas mantuvieron estrechos contactos e influencias entre sí, como muestra la correspondencia continuada entre el marqués de Narros y José María Magallón y Mencos, o el hecho de que su sucesor, José María Magallón y Armendáriz (1763-1845), fuese a estudiar a Vergara<sup>58</sup>. La familia de los marqueses de San Adrián tuvo pocos hijos varones a lo largo de la centuria y, por lo tanto, dio pocas carreras fuera del país. Sin embargo, de los dos hijos de José María Magallón y Mencos, el menor, Joaquín Mariano Magallón Armendáriz (1783-) fue teniente de dragones en 1807.

Por su parte, el primer director de la Sociedad, Felipe González de Castejón y Tovar (1745-1803), era hijo de Juan Antonio González de Castejón y Salazar (1714-1774), alférez de dragones, y sobrino de Pedro González de Castejón y Salazar (Tudela, 1719-1783), teniente general de la Armada (1774) y ministro de Marina (1776). Un hijo suyo, Francisco Javier González Castejón Veraiz fue mariscal de campo (1815), vice-director de la sociedad económica de Soria (1815), liberal en el Trienio y murió exiliado en Francia en 1824. Otros socios muestran un perfil socio-profesional semejante. Por ejemplo, el

<sup>57</sup> La mujer de Xavier M.<sup>a</sup> de Munibe Idiáquez, conde de Peñaflorida (Josefa Areizaga e Irusta) era hermana de la mujer del conde de Guenduláin, Rafael Ayanz de Mencos (Ana M.<sup>a</sup> Areizaga e Irusta), cuya hermana (M.<sup>a</sup> Teresa Mencos) estaba casada con el quinto marqués de San Adrián, Francisco Magallón y Beaumont.

<sup>58</sup> GUIJARRO SALVADOR, P., «*Los Deseosos...*», *op. cit.*, pp. 313-314 y árbol genealógico nº 6; «La educación de los hijos de una familia de la nobleza navarra: los marqueses de San Adrián», Seminario científico *Educación, redes sociales y producción de élites en el siglo XVIII*, Vitoria-Gasteiz, 16 y 17 de diciembre de 2008 (en prensa).

socio fundador Cristóbal María Cortés y Vitas (1740-1804) casó en 1771 con Juana María Coleta de Borda y Monreal, hija de Sebastián Mateo de Borda y María Fausta Monreal, naturales de Elvetea, en el valle de Baztan, y dueños del palacio de Jarola, y sus dos hijos varones siguieron carreras militares: José María Cortés y Borda fue teniente de fragata y Miguel Mariano, alférez de gastadores en el regimiento de cazadores voluntarios de la corona.

Para ir más adelante, sería necesario un estudio sistemático de las carreras de las familias de los demás socios de la Tudelana. Por ahora, la muestra sugiere un perfil comparable al de la Bascongada, con unos entornos muy implicados en las carreras cortesanas y militares, bastante conectados entre sí, por encima de las fronteras provinciales, a través de matrimonios cruzados, de intereses de carrera, de intercambios epistolares y de prácticas culturales y societarias semejantes.

No podemos olvidar que, junto a estas sociedades económicas, formalizadas y, por tanto, mejor conocidas, hubo otros círculos de sociabilidad, como las tertulias en el ámbito doméstico, que jugaron un gran papel en la configuración de entornos ilustrados y en la difusión de las nuevas ideas. Estas tertulias son mucho menos conocidas, pero podrían ser investigadas sistemáticamente a través de la correspondencia epistolar de sus participantes. Los navarros de la corte participaron en diversas tertulias. Una muy concurrida en Madrid, en las primeras décadas del siglo XIX, se reunía en casa de José María de Ezpeleta y Enrile, segundo conde de Ezpeleta de Veira, que había seguido la carrera militar y era mariscal de campo. En ella se hablaba abundantemente de cuestiones relacionadas con la guerra y el ejército. Acudían miembros de las élites navarras establecidas en la corte, como los marqueses de Iturbietta, los marqueses de Vessolla, Francisco Javier Elío y Jiménez Navarro y María Manuela de Mencos y Manso de Zúñiga, el conde de Parcet, Fausto de Otazu, Joaquín de Ezpeleta y Enrile, mariscal de campo de Infantería, etc. Tras la muerte de su anfitrión, la tertulia continuó con su viuda, María Nieves Amalia de Aguirre Zuazo y Acedo, séptima marquesa de Montehermoso<sup>59</sup>.

## LAS CONSECUENCIAS DE LA HORA DEL XVIII EN LA SOCIEDAD NAVARRA

¿Qué consecuencias tuvo en la sociedad navarra la participación de determinadas familias en este proceso? ¿Hasta qué punto fue esta una vía de penetración de nuevas ideas, valores y modos de vida? ¿A quiénes afectó? ¿Con qué consecuencias? Si, como hemos señalado, este proceso fue selectivo, si la gran mayoría de la población continuó inserta en los horizontes de la comunidad tradicional, ¿las nuevas ideas no chocaron con la tradición? ¿Qué resistencias al cambio se produjeron? La cuestión es muy compleja; no se ha investigado, al menos desde este punto de vista; requiere fuentes documentales apropiadas y un análisis fino de los actores sociales y de sus dinámicas de cambio. Dicho

<sup>59</sup> VIDAL-ABARCA, J., VERÁSTEGUI, F. DE y OTAZU, A. DE, *Fausto de Otazu a Iñigo Ortés de Velasco. Cartas, 1834-1841*, Vitoria, 1995, 2 vols., vol. 1, pp. 219-220.

esto, vamos a intentar formular una hipótesis que pueda servir de punto de partida para futuras investigaciones.

La hora navarra del XVIII fue un movimiento que afectó, en realidad, a muy pocos navarros. No se trató de un fenómeno general, sino de algo muy selectivo. Básicamente, participaron en él las familias que estaban conectadas mediante lazos personales con los promotores de unas carreras y negocios, y lo hicieron con especial intensidad las familias que, a través de estos apadrinamientos, pudieron renovarse en las carreras estatales a lo largo de varias generaciones.

Hay muchos indicios de que las redes de relaciones que vinculaban a una serie de familias navarras con la corte, las carreras de la monarquía y los negocios del imperio fueron una vía de llegada de novedades. Los efectos más evidentes son los materiales. Se han observado abundantemente a través del mecenazgo en la arquitectura civil y eclesiástica, la escultura, la orfebrería, etc., gracias a las investigaciones de los historiadores del arte. Buena muestra de ello son los trabajos sobre el «estilo cortesano» en retablos, arquitectura y escultura en el norte de Navarra<sup>60</sup>.

Los epistolarios de familias que participaron intensamente en la hora del XVIII, como los baztaneses Gastón de Iriarte, Lastiri, Dolarea, Elizacochea, Iribarren, Indaburu, Irigoyen etc., muestran que los miembros de estas parentelas comunicaban intensamente entre sí, a pesar de hallarse muy dispersos geográficamente, «a escala de imperio», en Navarra, la corte, Cádiz, Sevilla, Toledo, Segovia, Valencia, México, Lima, Guatemala, Buenos Aires y en muchas otras ciudades de la monarquía hispánica. Las cartas muestran que las relaciones epistolares entre los parientes de la monarquía y los parientes que permanecían en Navarra no fueron algo esporádico, ocasional, sino unas relaciones intensas y continuadas. Por este cauce llegaban muchas cosas a las familias y comunidades de origen. Recursos materiales, por supuesto, pero también inmateriales: noticias de diversos horizontes, novedades de la corte, explicaciones sobre el funcionamiento de las instituciones y sobre los procedimientos administrativos a seguir, información sobre los negocios y sobre la rentabilidad de las inversiones en las rentas reales, o sobre la marcha de las compañías privilegiadas de comercio de las que eran accionistas, o sobre los negocios mercantiles de Cádiz y de las Indias, asesoramiento educativo para la preparación de los vástagos de la parentela, valoración sobre las formas adecuadas o inadecuadas de comportarse, valores sociales, etc.<sup>61</sup> En definitiva, los parientes establecidos en la corte y en las estructuras de la monarquía transmitían a sus parentelas cierta percepción del mundo, conocimientos, valores, influencia cultural. No tanto mediante relatos teorizantes, sino de forma natural, al hilo de su actividad en un universo más amplio que el puramente local, en el que se jugaban, en buena medida, los intereses y aspiraciones de la familia y de la parentela.

<sup>60</sup> En particular, gracias a los trabajos de GARCÍA GAÍNZA, M.<sup>a</sup> C. y de sus discípulos, *Catálogo Monumental de Navarra*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1980-1997; AZANZA LÓPEZ, J. J., *Arquitectura religiosa del Barroco en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999; ANDUEZA UNANUA, M.<sup>a</sup> del P., *La arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII: familias, urbanismo y ciudad*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004.

<sup>61</sup> IMÍZCOZ, J. M., «Parentesco, amistad y patronazgo...», *op. cit.*, pp. 165-216.

La influencia material es más fácilmente cuantificable. En algunos casos hemos podido evaluar la llegada de dinero y su destino a través de libros de cuentas y de escrituras notariales. Sin embargo, la influencia inmaterial es difícil de medir. A veces se hace más evidente, por ejemplo cuando estas relaciones se formalizan en un relato. Así lo muestra el «Diálogo» entre los hermanos José y Francisco Javier Goya y Muniain, escrito en 1797, en el que Javier, que había quedado como heredero de la casa natal de Azanza, recoge las conversaciones que mantuvo con su hermano José, bibliotecario real, eclesiástico y humanista. El relato muestra cómo aquel, un labrador acomodado y sin estudios que vivía aparentemente enclavado en una pequeña aldea, recibía de su hermano ideas económicas, sociales y políticas modernas, de corte ilustrado<sup>62</sup>. Sin embargo, este tipo de documentos son raros y, para acercarnos a las formas más difusas y constantes de influencia, hemos recurrido al análisis intensivo de la correspondencia epistolar<sup>63</sup>.

Además de la correspondencia y de las noticias y valores que circulaban a través de las cartas, los miembros de estas parentelas establecidas entre la corte y Navarra manejaban habitualmente otros medios de información, en particular *La Gaceta de Madrid*, principal órgano informativo de la corona, del que eran suscriptores o lectores asiduos. Estas redes de poder norteñas tenían una relación muy especial con *La Gaceta*. De hecho, esta fue fundada en 1697 como periódico regular por Juan de Goyeneche y se imprimió en su casa de la calle Alcalá hasta 1761, en que Ricardo Wall compró los derechos y la hizo pasar bajo la dirección de la Secretaría de Estado<sup>64</sup>. Todavía en la década de 1760, entre el 40% y el 50% de los suscriptores de *La Gaceta* estaban domiciliados en las provincias vascas y en el reino de Navarra<sup>65</sup>, siendo el otro sector geográfico más importante el de los montañeses. En definitiva, los círculos políticos y económicos más vinculados a *La Gaceta* eran los grupos territoriales que con mayor fuerza se habían elevado en la alta administración y en los negocios en torno al Estado desde el reinado de Felipe V. Las cartas de los baztaneses que operan entre la corte y Navarra muestran cómo estas parentelas utilizaban *La Gaceta* con bastante intensidad y con diferentes fines, como informarse de las novedades políticas y financieras, captar a su favor las oportunidades que surgían al filo de las reformas institucionales, o estar al día de los nombramientos de cargos y honores para poder felicitar a sus amistades militares o políticas<sup>66</sup>. Para estas familias cuya economía estaba tan vinculada a los recursos del Estado, *La Gaceta* fue un cauce de información importante y, sin duda también, un elemento de formación cultural y política sobre el que apenas sabemos algo.

<sup>62</sup> «Cuaderno de curiosos apuntamientos para uso privativo de Francisco Javier de Goya, vecino del lugar de Azanza, Valle de Gofñi en el Reino de Navarra. Año 1790. Diálogo o conversación que yo, Francisco Javier de Goya, tuve en Madrid, con mi hermano Dn. José, Presbítero, oficial 1º de la Real Biblioteca de S.M.», editado por GOÑI GAZTAMBIDE, J., «El «diálogo» de José Goya y Muniain», *Príncipe de Viana*, XXXII, 1971, pp. 77-115.

<sup>63</sup> IMÍZCOZ, J. M., «Solidaridades y conflictos. Las relaciones personales en la construcción de economías compartidas y dinámicas duraderas», en IMÍZCOZ, J. M. y OLIVERI, O. (eds.), *Economía doméstica y redes sociales en la España moderna*, Madrid, Silex, 2010, pp. 279-332.

<sup>64</sup> RECIO, L. M., *La Gaceta de Madrid y el Mercurio histórico y político: 1756-1781*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1957.

<sup>65</sup> FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., «Los suscriptores vasco-navarros de prensa periódica en la segunda mitad del siglo XVIII», *Estudios de Historia Social*, 52-53, 1990, pp. 195-219.

<sup>66</sup> IMÍZCOZ, J. M., «Elites administrativas...», *op. cit.*, pp. 24-25.

En los focos más importantes de estas carreras, como el valle de Baztan, las parentelas que se elevaron en la corte son las que pasaron a controlar el gobierno municipal, desde las últimas décadas del siglo XVII y a lo largo de todo el XVIII, y tuvieron especial influencia en el valle a través de su política y de sus prácticas de patronazgo y clientelismo. A la influencia que pudieran ejercer los parientes que medraban fuera, se añadió pronto el hecho de que algunos hombres de estas familias –que se habían formado y habían salido del valle para seguir carreras en la corte, en el ejército o en el comercio colonial– regresaron al país y ocuparon posiciones destacadas en la sociedad local. Así, entre otros, el teniente coronel y caballero de la Orden de Santiago, Pedro José Gastón de Iriarte Elizacochea; Miguel José de Echenique y Gastón, comisario de guerra y ordenador honorario de los Reales Ejércitos; Pedro José de Echenique, Miguel Fernando de Irigoyen, Tiburcio Hualde, el comerciante novohispano Juan Bautista de Echeverría Latadi, o el guardia marina José Joaquín Gastón de Iriarte y Cortejarena. A su vuelta, estos hombres tomaron las riendas de sus casas nativas y destacaron como patricios locales, gozando de una influencia considerable en la comarca. Entre otras cosas, por el papel que jugaron como mediadores –gracias a sus relaciones privilegiadas en el exterior– entre los recursos que llegaban de la corte y del imperio, y las familias y aldeas del valle que se veían beneficiadas por la protección económica y el mecenazgo de sus parientes<sup>67</sup>.

¿Qué influencia cultural tuvieron en la sociedad local estos elementos minoritarios pero cualificados? ¿Hasta qué punto fueron fermento de cambio? Hay aquí un campo de investigación por roturar.

Norbert Elías trató del «proceso de civilización» que se produjo en Europa occidental a lo largo de la Edad Moderna, en que lo que entendemos por «civilización» en sentido amplio (las pautas de educación, los modales, las formas de comportarse) se difundieron de forma descendente desde la sociedad cortesana a las élites urbanas, primero, y luego a las élites del mundo rural<sup>68</sup>. No conozco estudios o documentación en Navarra que nos hablen de esto. Podemos, sin embargo, echar mano de lo que escribía el jesuita Manuel de Larramendi, a mediados del siglo XVIII, sobre Guipúzcoa. Algo que, probablemente, tuvo paralelismos en el mundo rural navarro de ámbito vascofono y nos puede servir de elemento de comparación.

Larramendi observa y critica cómo se estaban difundiendo las modas castellana y francesa en la forma de vestir y cómo las élites locales estaban abandonando el vascuence en favor del castellano. En cuanto a las modas en el vestir dice: «Estas modas son nuevas, y las han aprendido [las caseras] de la gente de calle, a quien han dado y dan ejemplo los caballeros y señoras. Ellos son monos unos de otros, y todos lo son de franceses y castellanos. De pies a cabeza se han de vestir a la moda de Francia o Castilla». La referencia de Larramendi abre una vía de investigación interesante. Los atuendos del vestido se pueden rastrear

<sup>67</sup> IMÍZCOZ, J. M., «Patronos y mediadores. Redes familiares en la Monarquía y patronazgo en la aldea: la hegemonía de las elites baztanesas en el siglo XVIII», en IMÍZCOZ, J. M. (dir.), *Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 225-261.

<sup>68</sup> ELÍAS, N., *La sociedad cortesana*, México, FCE, 1982; ID., *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1988.

documentalmente, a través de los inventarios de bienes<sup>69</sup>. Esto permitiría, quizás, retrazar la difusión social y geográfica de las modas con cierta profundidad. Larramendi asocia esta difusión a jerarquías sociales de distinción y la explica como un fenómeno de imitación vertical, semejante al que plantea Norbert Elías, en que los estamentos inferiores imitan los usos de los más elevados, en su afán por distinguirse y distanciarse de los inmediatamente inferiores. Estas modas, dice, son nuevas. Proviene, sin duda, de la corte, que Larramendi conocía personalmente, por haber sido confesor de la reina Mariana de Neoburgo en su exilio de Bayona, antes de retirarse a Loyola y redescubrir el mundo rural de su infancia. Las introducen en las villas los caballeros y señoras, conectados sin duda con la sociedad cortesana. A estos imita la gente de calle. Y, finalmente, a esta, las caseras del mundo más rústico.

La correspondencia y los libros de cuentas de las familias baztanesas conectadas con la corte testimonian de la llegada de regalos de objetos que no existían en el país, de envíos de productos entonces de lujo como chocolate y tabaco, de donaciones de dinero para comprar determinado mobiliario y vajilla, de compras de vestidos, zapatos, cintas y adornos en Bayona y en Pamplona. Desde luego, no basta. Habría que mirar una documentación sistemática, como la que procuran los protocolos notariales. Sin embargo, en nuestro caso no se encuentran inventarios de bienes, al transmitirse íntegra la herencia de la casa troncal en el momento del matrimonio de los herederos, de modo que raramente se producen los repartos de bienes que llevaban a establecer dichos inventarios.

Larramendi asocia también los cambios lingüísticos que se estaban produciendo en la sociedad guipuzcoana con procesos sociales internos, no con supuestas imposiciones exteriores<sup>70</sup>. Critica, en particular, a los notables y clérigos que desde su infancia se habían formado en la retórica latina y castellana y que hablaban «el vascuence indignamente y sin rastro de inteligencia». Según su descripción, «los que entienden el castellano son los eclesiásticos, los religiosos, los que han estudiado, los caballeros, los que se han criado en Castilla». Se trataba, según su observación, de «eclesiásticos, religiosos, caballeros o gentes acostumbradas desde chicos al castellano o a la gramática que aprendieron del latín», esto es, que habían estudiado el castellano como medio de hacer carrera y que luego preferían expresarse en esta lengua como señal de calidad, considerando que «el vascuence es solamente lengua para aldeanos, caseros y gente pobre», y que «no da más de sí»<sup>71</sup>.

A este propósito critica:

que esta máxima tenga acogida y aceptación entre jóvenes que vienen de colegios, de seminarios, muy imbuidos de bellas letras, y del latín, romance o francés en que las han estudiado, y que la practiquen en conversaciones sobre esas materias que no son comunes ni populares, pase, pues que hasta ahora no se han escrito en vascuence. Pero que así estos jóvenes como otros ancianos, sean clérigos, religiosos y seglares vascongados, en-

<sup>69</sup> DOS GUIMARAES SÁ, I. y GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dirs.), *Portas adentro. Comer, vestir e habitar na Península Ibérica (ss.XVI-XIX)*, Valladolid, Universidad de Valladolid-Universidade de Coimbra, 2010.

<sup>70</sup> Al contrario de lo que han postulado aficionados contemporáneos como JIMENO JURÍO, J. M.<sup>a</sup>, *Navarra. Gipuzkoa y el Euskera. Siglo XVIII*, Pamplona, 1999, pp. 153 y ss.

<sup>71</sup> LARRAMENDI, M. de, *Corografía o Descripción General de la Muy Noble y Muy Leal Provincia de Guipúzcoa*, edición de J. I. Tellechea Idígoras, San Sebastián, 1969, pp. 283-284.

tablen conversación sobre materias usuales y comunes y se desdeñen de hablar en ellas en la lengua materna del país, como que esto es cosa de menos valer, es irracional y locura»<sup>72</sup>.

Como se puede observar, la crítica de Larramendi lleva implícita una información muy interesante sobre los procesos sociales y educativos en que este cambio lingüístico se estaba produciendo. Lo asocia, en particular, con los estudios vinculados a determinadas carreras y con prácticas selectivas de distinción que se estaban produciendo dentro de aquella sociedad y que están todavía por estudiar desde planteamientos rigurosos de historia socio-cultural.

En el mundo rural vasco-navarro se estaban produciendo contrastes semejantes, en el contexto de la hora del XVIII. Lo hemos visto a propósito de la educación primaria. Incluso, entre gente originaria de un mismo valle encontramos el contraste cultural máximo de la España de aquel momento, entre aquella gran mayoría de vecinos baztaneses que en 1696 no entendían el castellano ni estaban alfabetizados y un hombre como Juan de Goyeneche que, desde 1697, publicaba en su casa de la calle de Alcalá *La Gaceta de Madrid*, el principal órgano de información de la monarquía<sup>73</sup>.

Todos los elementos materiales e inmateriales que concentraron las familias especialmente vinculadas con determinadas fuentes de riqueza y de poder, especialmente con las instituciones y los negocios de la monarquía y de su imperio, contribuyeron, sin duda, a aumentar las diferencias económicas y culturales en el seno de la sociedad local. En el caso del valle de Baztan, por ejemplo, un testimonio tardío como el de Julio Nombela, a mediados del siglo XIX, refleja, creo, en gran medida, los frutos de la hora del XVIII en el país.

Dejemos a estos pueblos para encontrar en Irurita no solo vistas preciosísimas, sino una sociedad escogida y animada, algo que parece reunir en un solo punto las bellezas de la civilización con las de la naturaleza. Cuatro o cinco familias que viajan a menudo por España y por Francia, que leen mucho, que adoran la música, que poseen en sus casas muebles elegantísimos, pianos y órganos; que reciben los periódicos ilustrados de París y las partituras de las óperas nuevas, que saben *causer*, como dicen los franceses, lo cual es mas que saber hablar; todas estas personas y los objetos que les rodean constituyen un conjunto que a tantas leguas de Madrid y París tiene un encanto indefinible<sup>74</sup>.

Nombela habla de cuatro o cinco familias, entre el centenar de casas que podía tener el lugar de Irurita a mediados del siglo XIX.

## EFFECTOS EN EL GOBIERNO DE LA COMUNIDAD: DE LA CONSTRUCCIÓN DE HEGEMONÍAS LOCALES A LA FRACTURA DE 1833

¿Qué relación hubo entre estos cambios selectivos, diferenciales, que se producen a lo largo del siglo XVIII y las fracturas que se observan en las pri-

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 287-288.

<sup>73</sup> CARO BAROJA, J., *La hora navarra...*, *op. cit.*, pp. 100 y ss.

<sup>74</sup> *Crónica de la Provincia de Navarra* por J. Nombela, Madrid, editores Rubio, Grilo y Vitturi, 1868, p. 103.

meras décadas del XIX? Plantear una cuestión de tanta complejidad no tiene sentido sino como hipótesis de investigación.

A lo largo del siglo XVIII, la vida política de una comunidad tradicional como la baztanesa parecía una balsa de aceite. Las familias cuyos hijos se encumbraron en los negocios y en las carreras de la monarquía se elevaron también con fuerza en la sociedad de origen. Las carreras de sus hijos les reportaron beneficios económicos, honoríficos y políticos que alimentaron ampliamente su ascenso en el seno de la comunidad campesina. Los abundantes recursos que llegaban por esta vía les permitieron practicar una política clientelar que contribuyó a fortalecer su prestigio e influencia en la comunidad<sup>75</sup>. Desde la segunda mitad del siglo XVII, los miembros de estas familias se habían hecho con el gobierno del valle, desbancando a los descendientes de los linajes medievales, que habían gobernado hasta entonces como alcaldes vitalicios. A lo largo del siglo XVIII, acapararon las alcaldías del valle, turnándose en ellas sin fricciones, al menos hasta finales de la centuria. Así lo muestra la nómina de los treinta y seis alcaldes trienales que tuvo el valle de Baztan en este siglo<sup>76</sup>. Estos eran elegidos por los vecinos del valle que, congregados cada tres años en junta general, votaban una terna de candidatos que luego se proponía al virrey de Navarra para su designación como alcalde, teniente de alcalde y sargento mayor. Hasta las décadas finales del siglo, el recuento de los votos consignados por el escribano del valle en los libros de actas municipales muestra que, en cada ocasión, el alcalde saliente proponía una terna de candidatos que, sistemáticamente, todos los vecinos presentes votaban por unanimidad. Esta conformidad subraya la hegemonía incontestada de estos patricios, al menos entre los jurados y vecinos del valle que participaban en dichas votaciones. Sin duda, estos resultados estaban pactados de antemano por los notables de la comunidad, de modo que los representantes de las casas principales se sucedían en la alcaldía sin pugnar por el cargo y sin repetir en él, siguiendo, según parece, un turno de rotación que ya estaba convenido entre ellos. Sólo en las elecciones de finales de la centuria comienza a haber competición y disidencia, todavía no sabemos entre qué sectores.

Algunos elementos hacen pensar que la política de estas élites chocó de diversas maneras con la tradición de la comunidad y acabó produciendo fracturas internas. En otros lugares se han señalado determinados comportamientos económicos, como compras y acaparamientos de tierras, prácticas de especulación en tiempos de escasez, problemas financieros agudizados por las guerras de la Convención y de la Independencia, el aumento de la presión fiscal, el endeudamiento municipal y la venta de bienes concejiles, que perjudicarían a los sectores más débiles del campesinado. Parece que los mecanismos de autoridad y solidaridad vecinal que habían imperado en el siglo XVIII empiezan a

<sup>75</sup> IMÍZCOZ, J. M., «Patronos y mediadores...», *op. cit.*, pp. 225-261.

<sup>76</sup> Archivo Histórico del Valle de Baztan (AHVB), sección Libros de Actas del Ayuntamiento y Junta General, Libro 2º, Autos, acuerdos y libranzas, 1673-1688; Libro 3º, 1688-1703; Libro 4º: Libro de Autos, Acuerdos, Nombramientos de Cargos y Libranzas de la Valle y Universidad de Baztan, 1707-1722; Libro 5º, Libro de Acuerdos del Valle y Universidad de Baztan..., 1728-1745; Libro 6º, 1745-1757; Libro 7º, 1757-1765; Libro 8º, 1765-1773; Libro 9º, 1772-1784; Libro 10º, 1785-1796; Libro 11º, 1796-1807.

declinar en las últimas décadas de la centuria, hasta las rupturas de la Primera Guerra Carlista. Sin embargo, dificultades económicas había habido en otras épocas y no por ello se producían revoluciones políticas.

Las distancias culturales que se habían alimentado durante la centuria jugaron sin duda un papel decisivo. La cultura política de los notables que gobernaron el valle durante el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX parece contrastar con la cultura política tradicional de la comunidad. En todas partes, los notables ilustrados propugnan reservar los cargos municipales para los hombres más instruidos. Por ejemplo, en las Cortes de Navarra de 1795 se suprimen los concejos abiertos y se imponen las Veintenas a los pueblos de más de cien vecinos, alegando que la mayoría, que era habitualmente la gente popular, prevalecía y dejaba sin efecto los dictámenes de los más instruidos, aquellos que, con un conocimiento razonable, mejor podían ocuparse de la conveniencia y utilidad común<sup>77</sup>. En el valle de Baztan, el gobierno municipal se había ido restringiendo cada vez más, desde mediados del siglo XVII, hasta quedar reservado a una minoría que se reproducía en los cargos mediante diversas formas de cooptación. Los argumentos empleados para legitimar este proceso de oligarquización y reducción de la participación vecinal en el gobierno de la comunidad iban en el mismo sentido y culminan en las Nuevas Ordenanzas municipales de 1832, en que se expresa claramente «que los hombres que hayan de entrar al gobierno del Valle sean los más instruidos, capaces y más bien intencionados» y que, en el nombramiento de los jurados de los lugares, había que «desterrar la costumbre demasíadamente introducida de echar la carga a los más ignorantes»<sup>78</sup>.

La instrucción había pasado a ser la primera condición para el ejercicio del buen gobierno. Aquí encontramos reflejada, a escala local, una idea central de la nueva cultura política que recorre toda la Europa ilustrada. Gracias a su elevada razón y educación, los hombres más instruidos son los que mejor pueden conocer cual es la conveniencia y utilidad pública, y por tanto, los más aptos para asegurar el buen gobierno. Esto significa que el bien común no es ya algo que viene definido por la tradición, esto es, por la propia costumbre o forma de ser de la sociedad corporativa, sino algo que puede y debe ser pensado y reformado, incluso creado *exnovo*, por unos hombres superiores por su instrucción a la gente ignorante.

Esta idea choca de frente con la cultura política tradicional. Incluso, si remontamos al pasado, hubo un momento en que los cargos de jurados de los pueblos rotaban por puertas entre todos los vecinos del lugar, como una carga vecinal<sup>79</sup>. Esto era posible en una comunidad en que gobernar consistía básicamente en aplicar la costumbre. Una costumbre conocida y compartida

<sup>77</sup> Ley XXVII de las Cortes de Navarra de 1794-1797, *Cuadernos de las Leyes y Agravios reparados por los Tres Estados del Reino de Navarra* (Cortes de 1724 a 1829), Biblioteca de Derecho Foral de Navarra, Instituto Príncipe de Viana, Pamplona, Aranzadi, 1964, t. II, pp. 90-91.

<sup>78</sup> AHVB, «Nuevas Ordenanzas, Cotos y Paramentos del Noble Valle y Universidad de Baztán, confirmadas por el Real Consejo el año de 1832», cap. 5 y cap. 1, p. 11; IMÍZCOZ, J. M., «Del antiguo al nuevo régimen. Historia de un proceso de cambio en el País Vasco», en PALACIOS, X. (ed.), *Ilustración y revolución francesa en el País Vasco*, Vitoria, 1991, pp. 48-60.

<sup>79</sup> IMÍZCOZ, J. M. y FLORISTÁN, A., «La comunidad rural vasco-navarra: ¿un modelo de sociedad?», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1993, XXIX (2), pp. 193-215.

por todos, o cuando menos por la gran mayoría, no como algo fijo e inmemorial, sino como el conjunto de prácticas vivas, compartidas y reconocidas como propias por la comunidad vecinal. Para ello no se requerían estudios particulares, sino la experiencia de la propia vida corporativa.

Estos cambios locales corresponden al proceso de cambio más general que lleva del sistema político del Antiguo Régimen a la Revolución liberal, entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX. En el Antiguo Régimen, el verdadero soberano era la tradición<sup>80</sup>. El buen gobierno del rey y de los señores consistía en el respeto de la tradición, esto es, en aplicar un derecho indisponible que venía dado por la ley de Dios, impresa por el Creador en la naturaleza, por la ley de su Iglesia y por la constitución tradicional de los pueblos de sus reinos y señoríos, un agregado multiforme de comunidades, estamentos y corporaciones, cada uno de los cuales gozaba de su derecho particular o privilegio (*privata lex*). En este orden político jurisdiccional, los gobernantes debían de conocer y respetar estos derechos para gobernar en justicia. Por ello, el gobierno de la monarquía tradicional de los Austrias era, ante todo, un gobierno de magistrados, en que los letrados, jueces concedores del derecho civil y canónico, rodeaban al rey en sus consejos, o le representaban en sus chancillerías, audiencias y corregimientos, para aplicar con justicia esos derechos.

El gobierno legítimo no consistía en crear el derecho, sino en aplicar unos derechos indisponibles, que venían dados por la tradición, eran poseídos por los pueblos y estaban por encima de los gobernantes. En cambio, en la dinámica estatal e ilustrada que se produce en España durante la segunda mitad del siglo XVIII, un gobierno de tipo ministerial y ejecutivo, por encima de los consejos tradicionales, tiende a configurarse cada vez más como un gobierno legislador, con una clara voluntad reformista, dando inicio al proceso que culmina con el establecimiento del Estado liberal contemporáneo como ente legislador<sup>81</sup>. En nuestra hipótesis, los hombres que se forjaron simultáneamente en estas instituciones y en las sociedades ilustradas configuraron especialmente las élites de la modernidad política española y dieron lugar a las élites liberales de la primera mitad del siglo XIX.

Volvemos a la observación del conde de Guenduláin. En las carreras en la corte y en el ejército del siglo XVIII se habría forjado esa fracción de la nobleza navarra que lideró el movimiento liberal en el siglo XIX y que tanto contrastaba con la nobleza tradicional que había permanecido arraigada en los horizontes y valores de las comunidades e instituciones del Viejo Reyno. Está por investigar, pues, la cuestión desde este punto de vista. Indicios documentales no faltan. Los papeles de los espías carlistas en la primera guerra civil permiten acercarnos nominalmente a la división política de los notables en los valles del noroeste de Navarra. La lista nominal de los cuarenta y nueve cabecillas liberales en el valle de Baztan corresponde a las familias que en el siglo XVIII habían participado

<sup>80</sup> GUERRA, F. X., *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 85-113.

<sup>81</sup> GARRIGA, C., «Orden jurídico y poder político en el Antiguo Régimen», *Istor*, 16, 2004, vol. IV, *Historia y derecho, historia del derecho*, pp. 1-21; FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Fragmentos de Monarquía. Trabajos de Historia política*, Madrid, Alianza, 1992.

más regularmente en las carreras de la corte, la alta administración, el ejército y las finanzas del Estado. Entre ellos encontramos a los Gastón de Iriarte, Gambio, Hualde, Irigoyen, Meoqui, Goyeneche, Lastiri, a los que hemos seguido la pista durante la hora del XVIII. Pan-Montojo ya sugirió hace tiempo que los notables liberales de estos territorios correspondían a individuos conectados personalmente con sus parentelas establecidas en Pamplona, Madrid, Andalucía o América, e instaladas en la cercanía del poder político, mientras que el grupo minoritario de notables carlistas parece corresponder a familias cuyas redes sociales tenían un alcance exterior mucho más limitado<sup>82</sup>.

#### RESUMEN

*La «hora del XVIII». Cambios sociales y contrastes culturales en la modernidad política española*

El texto se interroga sobre las consecuencias de «la hora del XVIII» en la sociedad navarra, a partir de la hipótesis del conde de Guenduláin que sitúa la fractura de las familias de la nobleza entre liberales y carlistas según su participación o no en las carreras cortesanas y militares del Estado borbónico. A partir de ahí, se reflexiona sobre la modernidad política que comportaron las carreras y experiencias vinculadas al reformismo dieciochesco y se observan en la sociedad navarra algunos elementos de cambio y de contraste cultural –educativos, lingüísticos y de cultura política– que parecen especialmente asociados a esta dinámica de carreras. El conjunto plantea algunas hipótesis de un proyecto de investigación sobre la formación de las élites de la modernidad política española entre 1700 y 1833.

**Palabras clave:** modernidad política; tradición; Estado; carreras administrativas y militares; educación; Ilustración; élites liberales; Navarra.

#### ABSTRACT

*The «Hour of the Eighteenth Century». Social Changes and Cultural Contrasts in Political Modernity Spanish*

The text questions the consequences of «the eighteenth century time» in the people of Navarre, from the Earl of Guendulain hypothesis that places the fracture of the families of the nobility in liberal and Carlist according to their participation or not in the race courtiers and soldiers of the Bourbon state. From there, we reflect on the political modernity behaved careers and experiences related to eighteenth-century reformism and are seen in the people of Navarre some elements of change and contrast with traditional cultural-educational, linguistic and political culture that seem particularly associated with this dynamic careers. The group raises some hypothesis of a research project on the formation of the elite of modern Spanish politics between 1700 and 1833.

**Keywords:** political modernity; tradition; state; administrative and military careers; education; Enlightenment; liberal elites; Navarre.

<sup>82</sup> PAN-MONTOJO, J., *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Pamplona, 1990, pp. 72-73; PÉREZ LEDESMA, M., «Una lealtad de otros siglos: En torno a la interpretación del carlismo», *Historia Social*, 24, 1996, pp. 133-149.